

Hay que pinchar a los granujas

Por JULIO CAMBA

—¡Hombre! Usted que es aficionado —le dije una vez a un amigo—, ¿por qué no se bate usted con Fulano?

—¿Con Fulano?—me respondió el interpelado—. Pero ¿ignora usted que Fulano es un sinvergüenza?

—Al contrario—exclamé—. Lo sé perfectamente.

—¿Y quiere usted que yo me bata con él? ¿Por quién me toma usted entonces a mí? Yo no cruzaré jamás mi acero con una persona indigna...

¡Terrible misterio éste del honor! ¡Impenetrable y tenebroso arcano el de la caballeridad moderna! Si usted pincha con su espada la barriga de un granuja, queda usted deshonorado, y para ser un caballero sólo puede usted pinchar barrigas de personas decentes, de hombres honestos que jamás le hayan hecho mal a nadie. Yo no sé si hay un hombre realmente honesto en el mundo. En caso de que lo haya, es posible que este hombre carezca de barriga, así como carecía de camisa el hombre feliz, porque no creo que la honestidad haga engordar mucho. Pero, aunque los hombres honestos tengan barriga, ¿es justo que los pinchemos? Siendo honestos, no nos habrán dado, a sabiendas, motivo de agravio, salvo que, según mis sospechas, exista alguna manera de hacer granujadas sin perder por ello la honorabilidad.

Por mi parte opino que lo caballe-

resco sería, precisamente, pinchar a los granujas y a los sinvergüenzas, que Don Quijote llamaba follones y malandrines. Cuando estalló la guerra europea, cierto escritor francés tenía a su servicio un criado negro, al que le dijo que quedaba en libertad para irse a pelear con los alemanes.

—¿Con los alemanes?—exclamó el negro, que, como verá inmediatamente el lector, tenía también sus principios—. De ninguna manera. Los alemanes «c'est une sale race».

Y, en vista de que los alemanes eran una raza sucia—como es lógico que sea para los negros una raza tan rubia—, aquel caballero de color de chocolate siguió viviendo tranquilamente en París. «Si todos los franceses hubieran pensado como él—comentaba luego su amo—, Alemania se hubiera hecho dueña de Francia». Si todas las personas decentes fuesen personas de honor—comento yo a mi vez—, los granujas y los sinvergüenzas acabarían por dominar el mundo.

—¿Cómo quiere usted que yo me bata con un sinvergüenza?—me preguntaba mi amigo.

—Precisamente porque es un sinvergüenza—le respondí—es por lo que creo que deben batirlo aquellos que no lo sean. A una persona que me merezca algo de consideración, yo nunca le aconsejaré que se bata con un hombre digno.

(El Sol. Madrid).

Los derechos de la juventud

EXISTEN muchos indicios de que reina una pronunciada tendencia a la reacción en el actual período de la post-guerra, dice Edward Cecil en el último número de la *English Review*, hablando de los derechos de la juventud. Y entre los que más han de sufrir, si el progreso se detiene, son seguramente los jóvenes de la generación que se está formando ahora. Hay muchos intereses creados actualmente que necesitan toda clase de armas para protegerse, y por ello no debe sorprender mucho que exista un pronunciado movimiento reaccionario en casi todas las esferas de la vida. De aquí que veamos por todas partes tentativas para vilipendiar, menospreciar y aun para ridiculizar a la juventud.

Es perfectamente sabido que la juventud ganó la guerra. Los jóvenes fueron los que realmente vencieron en el ejército y la marina. Y las jóvenes que fueron obreras en las fábricas de

municiones han sido las que realmente vencieron en el hogar. La guerra, sin embargo, ha pasado, y en todas partes encontramos hoy gente interesada, tratando de amordazar y paralizar los esfuerzos de la juventud, cuando debieran, por el contrario, ser estimulados y atendidos, como ocurre en América.

La juventud, en efecto, tiene per-

fecto derecho a ser oída en todas partes. Examinemos algunos campos en que actualmente debe ejercer ese derecho la juventud. Seguramente la actual Cámara de Diputados es uno de ellos. Nos encontramos aquí ante una asamblea de hombres de media edad y de edad madura, en la que la juventud se halla en una desesperante minoría. Y para estos mismos pocos jóvenes hay allí un gran peligro: que su propia juventud pueda ser perjudicada por la atmósfera en que están sumergidos. Estamos representados casi enteramente en la Cámara de Diputados por hombres de media edad, la mayoría de los cuales están saturados de ideas de clase media, pasadas de moda. Los derechos de la juventud a vivir en un mundo mejor están desatendidos en la Cámara, donde necesitamos todo el espíritu de la juventud que podamos llevar para salir de nuestra actual y muy imperfecta estructura social.

Pero, después de todo, la Cámara de Diputados no es en modo alguno el único campo en que hoy es necesaria la juventud. Veamos los departamentos ministeriales. Si hay algún sitio donde se necesita profundamente a la juventud, es en ellos. Los departamentos ministeriales son responsables, en una gran parte, de la miseria que sufrimos en los tiempos actuales, la cual no debíamos sufrir en tal medida. La pesada estupidez del espíritu de la edad madura, que encuentra su mayor expresión en el típico funcionario de carácter permanente, no es, ni más ni menos, que una calamidad nacional. Todos los despilfarros que se realizan, todos los rodeos que se dan, toda la gran masa de trabajo, completamente inútil, y todo el embrollo de formulismos e incompetencias, que dificultan la ejecución de trabajos necesarios, deben parecer sumamente ridículos al espíritu de la juventud inteligente. Necesitamos un torrente de juventud en los departamentos ministeriales, donde debe demostrarse que la incompetencia de aquélla no es nada comparada con la incompetencia de la edad madura.

(El Sol. Madrid).



EDICIONES JUVENTUD

Agustinas 623, Santiago de Chile

Publicados:

José Ingenieros: LA DEMOCRACIA FUNCIONAL EN RUSIA	1.25
Miriam Elim: LOS OJOS EXTASIADOS	2.00
Carlos Pereyra: LA TERCERA INTERNACIONAL COMUNISTA DE MOSCÚ	1.25
José Ingenieros: LA REFORMA EDUCACIONAL EN RUSIA	1.25

En preparación:

A. Torres Riaseco: ANTOLOGIA DE POETAS YANQUIS.
Federico Gana: MANCHAS DE COLOR.
Agencia de estas ediciones: en la Administración del REPERTORIO.